

RUBEN DARIO Y ESPAÑA *

Por

GASPAR R. BONASTRE

“Corazones de todas las Españas, llorad”, expresaba en maravilloso epicedio Antonio Machado ante la muerte de Rubén Darío quien a su vez había calificado al extraordinario hispanense de “luminoso y profundo”, hablando de él en pretérito, como vaticinando lo eviterno en la obra del autor de “Campos de Castilla”. Razón tenía don Antonio cuando centraba la atención en *las Españas* (como lo había hecho el mismo Rubén en la dedicatoria de “El Canto Errante”) y pedía el llanto, seguramente para regar las flores del aedo inmortal, poeta de América (alta dignidad que alguna vez se le negó), poeta que amó el alma celeste de la Hélade inmortal, poeta en fin, del

* El presente trabajo obtuvo mención en el concurso convocado por la Asociación Patriótica Española y el Centro de Estudios Hispanoamericanos sobre el tema “Rubén Darío y España”.

La Editorial Aguilar se ha asociado al centenario del natalicio del gran poeta con dos ediciones de sus poesías completas; una de ellas, de lujo, pero de igual contenido que la otra. A las eruditas notas de ediciones anteriores del mexicano Méndez Plancarte, se agregan nuevos poemas y otras adiciones igualmente sabias del Dr. Antonio Oliver Belmás, a quien se debe (por su leal amistad con Francisca Sánchez) la adquisición del riquísimo archivo de Rubén Darío por el Estado Español, destinado a la Fac. de Filosofía y Letras de Madrid. El Dr. Oliver Belmás, es también Director del Seminario-Archivo Rubén Darío que imprime una revista, el *Seminario-Archivo de R. Darío*; es autor además del libro *Este Otro R. Darío*. En la edición Aguilar, por primera vez se publica *El Salmo de la Pluma*, como lo escribió el poeta, con 20 composiciones en vez de las 10 conocidas. Este volumen tuvimos en cuenta para las citas de los versos, como máxima garantía; esta edición, por muchas razones puede considerarse definitiva para la poesía de Rubén.

mundo entero, ecuménico, pero singularmente, de manera im-
 ar y por sobre todas las cosas, el poeta de España y de las
 Españas, supremo poeta de la Hispanidad, que en un solo haz
 resumió y sintetizó todo el genio de la Raza, con todas sus
 virtudes, que la comprendió con autenticidad verdaderamente
 incomparable y sintió —como mordido— en carne propia, la
 esencia de lo español; no en balde en su *Letanía* genial, él
 —Quijote del ensueño— asistido de honda emoción pedía al
 manchego que rogara por aquellos que “ridiculizaban el ser
 de la Mancha, el ser generoso y el ser español”, es decir todo
 lo que era él mismo, todo lo que captó y cantó lúcidamente
 en su lira prodigiosa.

A la pluma y el alma áticas de don Juan Valera —bien
 se observa— al par del deslumbramiento, le causó un poco
 de escozor el “galicismo mental” que acusaba el autor de
 “Azul...” y transparentando un dolor muy español, lo recon-
 viene amablemente en su celebrada *Carta*: “...al cabo el
 árbol de nuestra ciencia no ha envejecido tanto que aún no
 pueda prestar jugo, ni sus ramas son tan cortas ni están tan
 secas que no puedan retoñar como mugrones del otro lado
 del Atlántico”. ¿Qué sensaciones habrán saecido su alma
 ante los “Cantos de Vida y Esperanza”, publicados por rara
 coincidencia en 1905, el mismo año en que finaba el autor
 de “Pepita Jiménez”? Cuando se dio a luz tal obra, España
 entera se sintió conmovida ante el canto del apasionado tro-
 vador que, para que nada faltase, usaba el acento del más

Para la *prosa*, tuvimos a la vista la edición “Obras Completas de R.
 Darío”, en cinco volúmenes, edic. Afrodísio Aguado, de Madrid.

Para este trabajo, consideramos (aparte de artículos en diarios,
 revistas, etc.) las obras fundamentales que se han escrito sobre Rubén,
 en castellano: Juan Antonio Cabezas, *Rubén Darío* (premio Fastenrath,
 1945); Arturo Capdevila: *Rubén Darío, Un bardo rei*; Leopoldo Lu-
 gones: *Rubén Darío*; Arturo Marasso: *R. Darío y la Creación poética*;
 Antonio Oliver Belmás: *Este Otro R. Darío*; premio Biografías Aedo
 1960; Pedro Salinas: *La poesía de Rubén Darío*; Diego Sequiera: *Rubén
 Darío Criollo*; Francisco Contreras: *Rubén Darío*; Valentín de Pedro:
Vida de R. Darío; Edelberto Torres: *La Vida dramática de Rubén
 Darío*; Alberto Ghirardo: *El Archivo de R. Darío*, etc.

puro españolismo, probaba inigualado amor a la Madre Patria, presentaba un conjunto de composiciones notables que eran la afirmación de la Hispanidad tal vez como no lo haya hecho jamás español nativo alguno, y ese canto, españolísimo y al mismo tiempo ecuménico, provenía de un hijo de aquende el Atlántico; esta vez las carabelas de Colón marchaban de vuelta, hacia el oriente, con tesoros sin duda más opulentos que los que condujo el Almirante, ese Almirante al que en una composición famosa se dirige angustiado y en tono de súplica.

En su pensamiento, en su obra, en su corazón, en sus relaciones sentimentales, constante, enérgicamente estuvo presente España; no es simple coincidencia sino obediencia a una rigurosa causalidad que su libro más cabal, la cima de su cimero genio sea "Cantos de Vida y Esperanza", esos versos que logran el tuétano de lo español, que no quedan en lo epidérmico, que jamás rozan ni siquiera tangencialmente a esa "España de charanga y pandereta" que tan justificadamente molestaba a don Antonio. Rubén, a guisa de un sacerdote antiguo, invariablemente cuidó el fuego augusto de España, siempre tuvo fe en ella, fe cristalina jamás enturbiada por circunstancia alguna. Así, cuando "La Nación" lo envía a la Madre Patria para reflejar en sus columnas próceres la vida y atmósfera españolas después que cañones "made in U.S.A." certificaron en Cavite y en Santiago, la defunción del Imperio Español en este continente, en medio del pesimismo de muchos, surge el ánimo de Rubén anegado de optimismo y en un soneto de elocuencia casi desafiante, estampa su rotunda afirmación, "que la Raza está en pie y el brazo listo / que va en el barco el Capitán Cervantes / y arriba flota el pabellón de Cristo"; bastaron sólo tres versos al genio de Nicaragua, para compendiar la incólume pervivencia de España, en el trípode de bronce sobre el que se asienta gran parte de su grandeza: Lepanto, el Quijote y la Cristiandad.

La extensión fijada (el en certamen) conspira naturalmente contra el análisis, aunque sea superficial, de todos los vínculos del poeta con la Madre Patria, pero en general cabe observar que, como conjunto no existe en el mundo castellano una obra tan densamente española como “Cantos de Vida y Esperanza”. Después de esa conmovedora confesión que constituye el magnífico poema dedicado a José Enrique Rodó, *Salutación del Optimista* es ya la afirmación de la estirpe hispánica; le siguen *Al Rey Oscar*, *Cyrano en España* y a poco andar, ese soberbio apóstrofe cívico *A Roosevelt* (Teodoro) “donde tan alto vibró el sentimiento de la Raza” al decir de un hombre tan apegado al *Abuelo Español de Barba Blanca*, como poco a la entonces novísima —casi peligrosa— estética de Rubén, tan ortodoxamente clásico como lo era don Calixto Oyuela; esos versos pueden considerarse el himno, la expresión enérgica del pensar continental; a los que fían en la fuerza material les advierte, “tened cuidado. Vive la América española”; como si fuera poco, remacha con una prevención amenazante, “hay mil cachorros sueltos del león español”, y el verso estupendo que cierra el poema, es sencillamente maravilloso, paradigma de síntesis: “I pues contáis con todo: falta una cosa: Dios”; a los que descansan en la potencia de lo material, Rubén —que encabeza su testamento dejando constancia de su condición de católico— les hace recordar de Dios, del espíritu que hace milagros, que todo lo embellece y todo lo ilumina; esto se compadece bien con la preocupación punzante que le hace decir, en ese poema dedicado a su par en la gloria, Juan Ramón Jiménez, “seremos entregados a los bárbaros fieros; ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés? ¿Callaremos ahora para llorar después?”. Aunque el mismo poeta cree escuchar una fuga de americanos potros y el estertor de un león caduco, la fe en lo español que invariablemente le asiste no disminuye sino al contrario, se levanta cual violento movimiento gimnástico y rubrica su optimismo para afirmar, “aún guarda la Esperanza, la caja de Pandora”.

En tratándose de España, la devoción y fe, jamás abandonan al apuesto cruzado. Un ilustre jurista decía que al Código (se refería al Cód. Civil francés) había que interpretarlo por el Código mismo; parece una verdad de Perogrullo, pero imparte un rumbo y es de utilidad el consejo; aplicando esa recomendación, la hermenéutica más correcta sería interpretar a Rubén... según él mismo. El poeta, en su *Historia de mis libros*, trae una serie de reveladoras declaraciones capaces de derribar cualquier hesitación; “si *Azul*... simboliza el comienzo de mi primavera, y *Prosas Profanas* mi primavera plena, *Cantos de Vida y Esperanza*, encierra las esencias y savias de mi otoño”, aclara el poeta y agrega, “al escribir *Cantos de Vida y Esperanza* yo había explorado no solamente el campo de las poéticas extranjeras sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española en los cuales encontré riqueza de expresión y de gracia que en vano se buscarán en harto celebrados autores de siglos más cercanos”.

No faltan los que exageran el *francesismo* de Rubén, y si bien él, llevado por ese desbordante amor a Francia, cometió el sacrilegio (a pesar de las explicaciones que se han ensayado para justificar la expresión) de imprimir aquello de “amo más que la Grecia de los griegos la Grecia de la Francia”, (pecado venial si se compara con su herencia gigantesca), el hondo y probado amor que poseyó por España, y crece día a día, a medida que acrecienta la solidez de su labor, le viene de muy lejos, y no ha de contarse entre las circunstancias menores que explican su poética, sino entre las más orientadoras, la verificación del íntimo conocimiento que adquirió desde muy joven, de las letras hispánicas; en ese sentido, su ingreso como empleado a la Biblioteca Nacional de su patria, importa una etapa fundamental en su vida; allí tuvo ocasión de leer —él mismo lo confiesa— *todos los autores* con sus correspondientes prólogos, que formaban la famosa Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra; si Juan Valera pudo

haber hablado —muy justificadamente por cierto— de galicismo mental en presencia del único libro que entonces conocía, hoy ya no se puede afirmar eso; Rubén caló muy hondo, no sólo en los que solemos habitualmente llamar por excelencia *clásicos* españoles, sino en los primitivos, en quienes encuentra, con razón, una frescura, “una riqueza de expresión y gracia” de que carecen otros; por ello certifica su agradecimiento al *Maestre Gonlo de Berceo*, quien proyecta deslumbramiento tan grande sobre el nicaragüense, que compara su alejandrino, nada menos que con el de ese Hugo colosal, que fue para el autor de *Prosas Profanas*, algo así como el Zeus del Olimpo lírico. Ese conocimiento es tan enorme, tan sólido y básico en su labor poética que, contra la opinión de muchos críticos ilustres que califican de revolucionaria su obra, otros no menos distinguidos donde se alistan Cejador, Díez Canedo y Sáinz de Robles, estiman que “el máximo acierto de Rubén Darío —para usar las palabras del últimamente citado— fue como *hispanizar* cuanto elemento de valor permanente había encontrado en extrañas literaturas” o sea que fue (y el elogio no es de los breves) el genial reconstructor de la poesía española; encaja perfectamente en lo dicho por el propio Rubén y transcrito más arriba. Menéndez Pelayo (y citamos un archiespañol) al concluir su capítulo sobre poesía de la América Central, advierte, “una nueva generación literaria ha aparecido en América Central y *uno por lo menos* de sus poetas ha mostrado serlo *de verdad*”; y agrega en una nota añadida a la edición de su obra, en 1911, “claro es que se alude al nicaragüense Rubén Darío, cuya estrella poética comenzaba a levantarse en el horizonte, cuando se hizo la primera edición de esta obra en 1892. De su copiosa producción, de sus innovaciones métricas y del influjo que hoy ejerce en todos los países de lengua castellana, tendrá mucho que escribir el futuro historiador de nuestra lírica”. Si alguna duda cupiese acerca del españolismo de Rubén y especialmente de su excepcional libro “Cantos de Vida y Esperanza”, bastará

seguir leyendo al propio Darío, quien estampa este párrafo de cenital claridad: “Español de América y americano de España, canté, eligiendo como instrumento el hexámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania en el propio solar y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza continental a la fuerte y osada raza del norte”.

En prosa, esa prosa extraordinaria a la que no se le ha concedido aún el valor real (ojalá José Enrique Rodó hubiera escrito su prometido ensayo acerca de ella) por la zona de penumbra que proyectó sobre ella el prestigio del Darío-poeta, España fue constantemente centro de sus meditaciones. “España Contemporánea” es un testimonio magnífico, un documento irremplazable para quien desee investigar cuál era el ánimo de los españoles y las cosas de allá, después de la derrota a manos de los yanquis; el libro —que, sabemos fueron crónicas periodísticas— constituye modelo de miscelánea, donde el estilo de Rubén se halla a sus anchas, a pesar —o tal vez por ello— de la diversidad de temas: unas veces son las ciudades —Madrid, Barcelona—, otra vez, la coronación de Campoamor, antiguo ídolo suyo y a quien, a la sazón despedía en su casa “con el espíritu apretado de melancolía” y que le da pie para trazar un paralelo sagar con nuestro Guido Spano, al cual visitar “era un placer intelectual, alegre y reconfortante”, frente al autor de las *Doloras*, “caduco, amargado de tiempo a su pesar, el ojo sin elocuencia, la palabra poca y difícil...”. Más allá nos relata un paseo con Núñez de Arce, el vallisoletano de las décimas rotundas de *El Vértigo* y las ternuras de *Idilia* y *La Pesca*, otro de esos íconos juveniles también con la pintura ya desvaída, de cuyos labios escucha, “amigo Darío, mi tiempo ha pasado. Soy ya viejo y las Musas como hermosas hembras que son, no gustan de los viejos”, y en el zootropo maravilloso de su ingenio y a través de su mágica pluma, desfilan los toros, la reunión política, la enseñanza, la crítica, etc. y a todo le imprime personalísimo

sello, en escritos plenos de observaciones sutiles, donde con frecuencia aflora el episodio pintoresco, la anécdota oportuna, la "salida" imprevista y todo ello aderezado con su ingenio invariablemente rutilante, corriendo al par la amenidad y donde a cada paso se denuncia la mano que cinceló *Azul*... , ese Rubén cellinesco al que le caería como a nadie, aquello de "orfebre y miniador" que tan generosamente aplicó a su amigo Miguel Escalada¹.

En 1904, aparece en forma de libro *Tierras Solares* y otra vez España cubre casi toda la obra: Barcelona, Madrid, Granada, Sevilla y... ¿cómo habría de hablar de España sin referirse a la tristeza andaluza a la que dedica un buído artículo? Y él —*trovador galano* al decir de nuestro Guido— siente en carne propia al *cantaor* y con razón estima que es lugar adecuado para hablar de las *Arias Tristes* de un poeta nuevo que "es el más sutil y exquisito de todos los portaliras españoles", que es tan de su tierra que, como lo señala el propio Darío, "se llama Juan como el Arcipreste y Jiménez como el Cardenal". Y ese libro, *Tierras Solares*, henchido de amor a la Madre Patria, concluye en lo que a la Península se refiere, en ese Gibraltar que los andaluces miran con ánimo lancinante, ánimo que tan cabalmente expresa uno de sus jóvenes poetas de hoy, al exclamar entre voluptuoso y melancólico, "quisiera adormecer junto a mi pecho / tu testa antigua de andaluza inglesa".

La isla de Mallorca, tierra de don Antonio Maura, quien lo había distinguido en forma muy especial, ocupa lugar señalado no sólo en la vida sino en la obra de Rubén; invitado por Gabriel Alomar —otro mallorquín— allá va, en 1906, y como consecuencia aparecen dos trabajos suyos: un libro de

¹ Después de la primera edición de *Prosas Profanas*, donde naturalmente la dedicatoria está correcta, se ha venido repitiendo un error en la dedicatoria de *El Canto de la Sangre*, poniéndose Miguel Estrada en vez de Miguel Escalada, que es lo correcto; en la edición por la que nos guiamos, está correcto, con nota explicativa del Dr. Oliver Belmás.

crónica, *La Isla de Oro* y una novela autobiográfica *Oro en Mallorca*; en 1913, huésped esta vez de Juan Sureda, visita de nuevo la isla luminosa, pero Rubén ya es otro: vencido, enfermo de cuerpo y alma, asiste a misa con frecuencia, lee breviarios, a Raimundo Lulio y la *Imitación de Cristo*; el poeta ya no juzga que “la mejor musa es la de carne y hueso”, ni llama *celestes* a la carne de la mujer, y aunque la Cartuja está desierta de monjes, la visita, y en cierto momento Sureda le coloca el hábito, actitud que recoge en su notable retrato el gran Vázquez Díaz y Rubén recuerda el lugar augusto en un poema impresionante.

Absolutamente imposible sería —aún haciendo proezas de concisión— tratar con algún detalle las vinculaciones del poeta con los hombres de España, hombres de letras, artistas plásticos, políticos, etc., que le dispensaron su amistad y lo distinguieron en forma singular, lo que sirvió para que, en muchas oportunidades, el Pontífice de los líricos los esculpiera en inolvidables etopeyas, como lo hizo con Emilo Castelar en una semblanza verdaderamente inmortal a poco de morir el tribuno insigne. En 1892, al partir para la Madre Patria como Delegado de Nicaragua a las fiestas colombinas, conoce entre otros a Núñez de Arce, Campoamor, Castelar, Menéndez Pelayo, Valera, Salvador Rueda —para quien escribe el celebrado *Pórtico*— y a una mujer excepcional, Emilia Pardo Bazán. El afecto y admiración sinceros que demostraron estos amigos por el poeta fue tan grande que varios iniciaron gestiones para que se radicase en España; entre tanto, Rubén tomaba el vapor de vuelta a su patria y antes de llegar a ella, en Colombia, se entera de una noticia que, por sus consecuencias habría de trastornar toda su existencia: la muerte de su esposa Rafaela Contreras Cañas, gentilísima poetisa salvadoreña, la *Stella* de los versos del poeta, seudónimo que ella utilizaba en las letras.

Cuando Darío vuelve a España, ya enviado por “La Nación”. en diciembre de 1898, desembarca en Barcelona y

él mismo lo confiesa, su impresión fue “lo más optimista posible”; no olvidemos que esto es importante ya que finaba el año 98, aciago en la historia de la Península. No ocurre lo mismo al llegar a Madrid; pero... dejemos que nos lo diga con sus palabras: “he buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional: Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar, desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez Pelayo...” ¡Cómo habrá sufrido su hipersensibilidad de artista!

Los poetas abundan, como es natural, entre las amistades de Rubén, incluyendo por cierto a los catalanes, a uno de los cuales, dicho sea de paso, él admiraba, mientras que Maragall —el aludido— reconociendo en el nicaragüense *fuera poética*, estimaba a la juventud “triste y a menudo *pervertida por Rubén Darío*” (!!). Menores en número pero de calidad excepcional, los grandes prosistas, decoro de España, intimaron con Darío, desde aquel pintoresco Alejandro Sawa (que manifestaba continuamente que al lavarse la cara, cuidaba de no mojarse la frente, porque en su juventud la había besado Víctor Hugo), hasta las cumbres de la erudición y el pensamiento, encarnados en Juan Valera, Menéndez Pelayo y Miguel de Unamuno. ¡Cuán grande sería el agradecimiento de Rubén por Valera (cuya famosa *Carta Americana* acerca de él, incorpora como prólogo a partir de la segunda edición de *Azul*...) que, jugándose su prestigio de crítico insigne, dio el espaldarazo y ponderó con prodigalidad a un joven y desconocido poeta (todo el libro *Azul*... es poesía, inclusive esos maravillosos cuentos, tersos, cristalinos, que “formalmente” están en prosa), por el exclusivo conocimiento de un solo libro que había partido desde la lejana Valparaíso...!

Desde el primer momento Menéndez Pelayo, brinda al centroamericano la más alta estimación y su monstruosa sabiduría es el aval más seguro para el mozo genial cuando alguien —como a todos los grandes redentores— gratuitamente

lo ataca; esa singular amistad permaneció inmovible hasta la muerte del perillustre historiador de los *heterodoxos*. El santanderino rompió lanzas en favor de Darío en cuanto ocasión se le presentó propicia. En las "Dilucidaciones", palabras preliminares a *El Canto Errante*, nos dice: "I mis aficiones clásicas encontraron un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía, como yo, en el hotel de las Cuatro Naciones; se llamaba y se llama hoy en plena gloria Marcelino Menéndez y Pelayo. El fué quien, oyendo una vez a un irritado censor atacar mis versos del *Pórtico* de Rueda, como peligrosa novedad, "...y esto pasó en el reinado de Hugo, emperador de la barba florida", dijo "esos son, sencillamente, los viejos endecasílabos de gaita gallega "tanto bailé con el ama del cura / tanto bailé que me dió calentura". Reiteradamente el poeta recuerda a Menéndez, siempre asistido de afecto y sobre todo de impar admiración, y el homenaje al eminente polígrafo, con motivo de haber cumplido veinte años en la cátedra, le sirve para escribir un artículo (27 de diciembre de 1899) que, a no dudarlo habrá sido de lo más grato al espíritu ecuménico del santanderino, a quien califica de "Erasmo español"; una sola frase servirá para verificar el juicio que de él tenía Rubén: "Menéndez Pelayo está reconocido *fundadamente* como el cerebro más sólido de España"; ratificando esto y el encandilamiento que le provoca la aplastante sabiduría del Maestro, cuando un crítico censura en forma algo fastidiosa al Modernismo y a su Pontífice, éste —que casi nunca se tomaba el trabajo de contestar, y que era hombre tan superlativamente bueno que Rufino Blanco-Fombona y Manuel Ugarte, coinciden en afirmar que no han conocido hombre más bueno que Darío— le contesta tomando como invulnerable escudo la jamás discutida sapiencia de don Marcelino; es muy interesante la respuesta de Rubén y sobre todo el tono un tanto insólito en un alma que siempre tangenciaba lo pusilánime cuando no directamente el temor; dice así: "Además (Clarín) puede pedir datos sobre los que

en América escribimos, a algunos amigos suyos, mejor informados, como Campoamor, Núñez de Aree, Valera, Menéndez Pelayo; sobre todo, Menéndez Pelayo. En cuanto a mí, juntamente con el palique de Clarín, recibo una carta en que se encuentra esta frase: "mi admiración, mi amistad, mi cariño, mi lectura constante, usted la tiene". Si quiere saber Clarín, quien ha escrito estas líneas busque la cabeza más alta de España entre las altas del mundo".

La amistad con el egregio D. Miguel de Unamuno y Jugo, tuvo sus altibajos, natural consecuencia seguramente de sus temperamentos antípodas, a los cuales en caso de tentar un paralelo, habría que efectuarlo por contraste. Las gestiones de Rubén, ánimo desbordante de bondad, determinaron la incorporación del autor de *Vida de don Quijote y Sancho* como colaborador de "La Nación" de Buenos Aires; el epistolario comprende (según las pesquisas de un dariano eminente) catorce cartas de Rubén a Unamuno y once del pensador vasco, desde abril de 1899 a abril de 1909; como se nota, no muy nutrido en diez años exactos. Unamuno reconoció expresamente que, a pesar del aprecio y respeto mutuos, existía entre ambos "una cristalina muralla de hielo". Rubén, siempre inclinado a reconocer los valores ajenos (a veces hasta exagerando generosamente) en una carta fechada el 5 de septiembre de 1907, en París, alude a lo que manifestara el vasco ("a Darío se le ven las plumas del indio debajo del sombrero"), comenzando su epístola "es con una pluma que me quito de debajo del sombrero", pero a continuación reconociendo que es (Unamuno) "una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en España sino en el mundo"; en esa carta, muy breve si se tiene en cuenta su densidad, Rubén, superando las diferencias tajantes de las respectivas estéticas, ve en Unamuno sobre todo al *poeta* y cierra la carta con un suave consejo: "sea, pues, justo y bueno", párrafo que en un temperamento como el de Darío, adquiere enternecedor acento. Esa amistad pudo quebrarse, justamente hacia esa época,

cuando Rubén, a lo *de la pluma*, comentó irónico, en una ocurrencia digna de su genio, que “Unamuno le parecía un pelotari de Patmos”. A manera de corrosivo sedimento, habrán sonado las nobles palabras de Rubén en el alma del ilustre Rector de Salamanca, pidiéndole que sea justo y bueno, ya que, a poco de morir el poeta, casi nueve años después de escritas, don Miguel escribió inspirado en las palabras finales, un artículo que es un verdadero acto de contrición, y que, posiblemente en el piélago de la producción unamuniana, no haya una página más sentida, más hondamente humana que aquella que concluía “hay que ser justo y bueno, Rubén”.

De nada careció el hijo del trópico americano, de nada, para hacer más estrechos sus vínculos con España y para que se acrecentase día a día su afecto por la Madre Patria. El amor, es desde las edades más remotas el motivo lírico por excelencia, y él, lírico excelso, sintió el amor con intensidad de vendaval². La vida amorosa de Rubén estuvo tutelada por el dolor y en pocos hombres se habrá cumplido tan cruelmente como en él, uno de los extremos del dilema, de que “la mujer es para el hombre, lápida o pedestal”, y Rosario Emelina Murillo, la *garza morena* de su cuento maravilloso, la mujer que representó para él, como una antigua Erinia, todo el dolor, la angustia y la amargura que puede verterse en corazón humano alguno. La compensación de tantos sinsabores, el amor verdadero que transpone las frías fórmulas legales, lo halló en una muchacha avilesa, ignorante hasta el analfabetismo³ que se llamaba Francisca Sánchez⁴. Ella le dio su apoyo todas las veces que el poeta —cuya vida camina-

² La pasión erótica, es el eje, digamos así, sobre el que gira el libro de Pedro Salinas; estimamos sin embargo que Salinas —por otra parte bellísimo libro— en alguna parte exagera notoriamente dicha circunstancia.

³ Francisca Sánchez tuvo unos maestros de primeras letras verdaderamente excepcionales; Rubén Darío y Amado Nervo.

⁴ Francisca Sánchez falleció el 6 de agosto de 1963; en su lápida figuran los versos, “hacia la fuente de noche y olvido, etc”. Poco antes de morir, el Embajador de Nicaragua ante el Gobierno Español condecoró a F. S. con la *Orden de Rubén Darío*, entre otras razones, por el amor y cuidado que profesó al poeta y el celo con que guardó el archivo de Rubén. El único libro que sabemos existe sobre F. Sánchez

ba al nadir— necesitó; le otorgó el amor y le dio hijos, uno de ellos (el primer Rubén Darío Sánchez) a quien llamaba *Phocas el Campesino*, un “indiecito español” que murió muy pequeño, y al cual se dirige su padre (tornando su genio en ternura), con honda convicción, para prevenirlo contra los dolores del mundo: “tarda en venir a este dolor a donde vienes / este mundo terrible de duelos y en espantos / duermeme bajo los Angeles, sueña bajo los Santos / que ya tendrás la vida para que te envenenes”. El poeta, que a la sazón se hallaba en la capital de Francia, puso especial empeño en que este hijo fuese español y en ese suelo reposa su cuerpecito. Y al segundo Rubén Darío Sánchez, a quien llamaba *Güicho*, en una dedicatoria le estampa, “. . . que guarde mi recuerdo y agregue algo a mi nombre”. Francisca Sánchez, el amor de su vida se vio privada de asistir a los últimos momentos del poeta, por la deslealtad de un amigo que, valiéndose de incalificable artería, lo sacó de España y de todo lo que él amaba, para, finalmente, por sangrienta paradoja, concluir sus días terrenos en brazo de la garza morena, la ardiente nereida de los lagos de Nicaragua. . . Pero la mujer de su amor, de sus ensueños y su dolor, fue Francisca; después de leer los seis magníficos poemas que le dedicó el 21 de febrero de 1914, en París, no se puede dudar de su inmenso, ilimitado cariño; el final del sexto es, sencillamente conmovedor, máxime aún conociendo la vida acibarada de Rubén Darío: “seguramente Dios te ha conducido / para regar el árbol de mi fé / hacia la fuente de noche y olvido / Francisca Sánchez acompáñame”. Y ella, el *lazarillo de Dios en su sendero* dejó hace pocos años el mundo, reposando, Atlántico de por medio, pero unida a él con la más entrañable devoción y por el espíritu que es inmortal.

Y para remachar, para recalcar su españolismo, para demostrar que en pleno siglo XX sobre él caía un soplo de

(muy interesante por cierto) es el de Carmen Conde, escritora y poetisa distinguida, esposa de Oliver Belmás, cuyo título son palabras de Rubén: “Ajena al dolo y al sentir artero. . .”.

esos románticos (“quién que Es no es romántico?” había dicho en bellissimo poema) caballeros españoles que sabían morir por su Dios, por su Rey y por su dama, tocaremos tangencialmente una muestra del catolicismo de Rubén. Remotos corrían ya para el poeta los tiempos de la adolescencia, en que el jovenito escribía versos como los de “El Jesuíta” y otros análogos, que le costaron la cancelación de un viaje a Europa a cargo del Gobierno de su patria; Darío no es ni sobra de ese antiguo gentil nacido fuera de época y se acoge a los brazos del símbolo de la redención humana, cuando la materia engañosa le niega sus halagos, cercano ya a abandonar su túnica de carne; y en el momento de expresar su última voluntad (tercer testamento) incorpora algo que no citó en los anteriores; dice así: “hoy veintitrés de mayo de mil novecientos catorce, en mi sano juicio y en la *religión católica*, etc”. En el instante más solemne de la existencia, autovindica su condición de creyente, calidad a veces adormecida, que sin embargo, siempre anidó en el alma del genio de Nicaragua, y cuando tuvo que enfrentar la muerte —a la que había prefigurada *casta y Virgen* como Diana, en un poema portentoso— lo hizo con las manos cruzadas en el crucifijo que le obsequiara años atrás su fidelísimo amigo, el grande y dulce poeta de Tepic.

El espíritu de España, de la España fidedigna y castiza, se ha de sentir reconfortado al verificar que el gran árbol hispano retoña al transportar el Atlántico, no solo como los mugrones a que aludía Valera, sino como tallos colosales descollando en el boscaje, pero con las raíces bien plantadas, amarradas, a la española tierra, y que hayan sido dos hijos del Nuevo Mundo —de las *Españas*— los que en el orbe castellano hayan influido más en las dos últimas centurias: en el siglo XIX, la figura estupenda de Andrés Bello, y a fines de ese mismo siglo y siempre renovado, hasta hoy, el estro soberano, supremo, de Rubén Darío, de ese Rubén que, lanza en ristre, dilatará La Mancha hasta el día en que haya, aunque sea un solo hombre que en la Tierra, hable o piense en español.

